

Entre el rencor y la envidia: la seducción del poder (Réplica a una carta reciente)

Manuel DESVIAT

“¡Ah, mi pequeño Nataniell, ¿no lo sabes? Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndoles llorar sangre. Luego, los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos”.

Amadeus HOFFMANN
“El hombre de arena”

“Hay quienes —escribe Kahlbaum, o mejor dicho su homónimo Peter Schlimihl (*Die Majorastshemen*, Arnin, 1848)—, maniqueos desde el rencor y la envidia, fabrican un mundo a su medida, repartiendo ellos mismos los papeles a los protagonistas: en su delirio serán dioses, hombres de letras, grandes amantes o científicos, y aquellas personas de su época a las que envidian, simples truhanes, medradores vasallos, basura, en suma”. Pero será Ernest Theodor Bram Stoker, el creador de Drácula, quien en su *perturbador* cuento fantástico *Der Sandmann* (Unter den Linden, 1817) —es sabido que el descubrimiento del inconsciente acontece aquí, casi cien años antes de su primera definición teórica (I. Calvino)— describa magistralmente los celos, la vanidad, la omnipotencia, avanzando algo muy importante, recogido desde entonces en los refraneros de casi todas las lenguas: “*Dios los cría y ellos se juntan*”. Charles Baudelaire, escribe en su *Diarios íntimos* (Aves de Arca, 1977), que “la gran gloria de Napoleón III habrá sabido probar que un recién llegado puede, apoderándose del telégrafo y de la imprenta nacional, gobernar una gran nación” y añade refiriéndose a ciertas personas de dudoso renombre que “es el resultado de la adaptación de un espíritu a la estupidez nacional”. Y es que hay quienes, alcanzado cierto renombre en épocas oscuras, saben que la única posibilidad de colmar su ambición, cuando

la democracia matiza y la transparencia obliga, está en la usurpación del poder. Golpe blanco, rojo... Qué importa. No tienen ideología.

Son pocos, pero son.

Como el gangster de *Reflets changeants sur mare de sang* (Pierre Siniac, Gallimard, serie noire, 1980), el alsaciano Schoffzeinweiller, que creyéndose todavía soldado, perpetra toda serie de barbaridades: en las contiendas bélicas, el fin justifica los medios. No se había enterado, y sus compañeros de correrías tampoco —o se cuidaban muy mucho de hacérselo ver—, de que la Segunda Guerra Mundial —en la que, en mi lectura, ni siquiera había participado, al igual que alguno de sus allegados— hacía tiempo, bastante tiempo, que había terminado.

Ni Schoffzeinweiller ni algún cercano imitador, quieren o pueden entender que hay personas para las cuales, de llegar a vender su alma al mejor postor, hay goces más preciados que ocupar telégrafos o la imprenta nacional. Máspreciadas servidumbres, si de tiránicas obediencias se tratara. Aquellos en los que se abren tiempos y espacios distintos del tiempo y espacio mensurable, como en el capítulo de la blusa de Matilde de Max Aub (*La Uña*). Por no hablar de la amistad y del juego de la rana.

Adiós.

30 de diciembre de 1988.